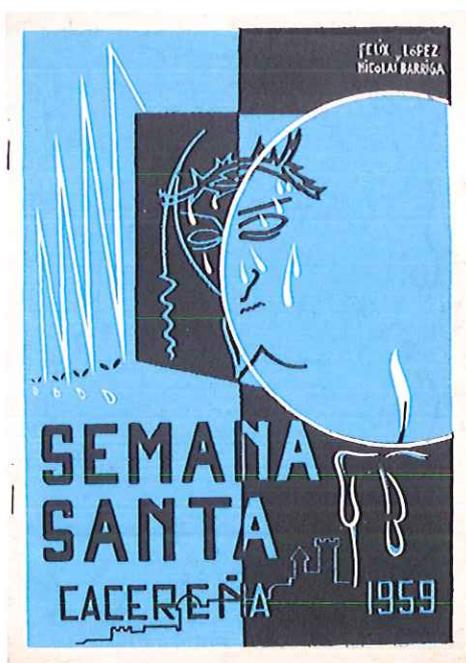


**Comisión Pro Semana Santa  
de Cáceres**

*PREGÓN  
de la  
Semana Santa 1959*



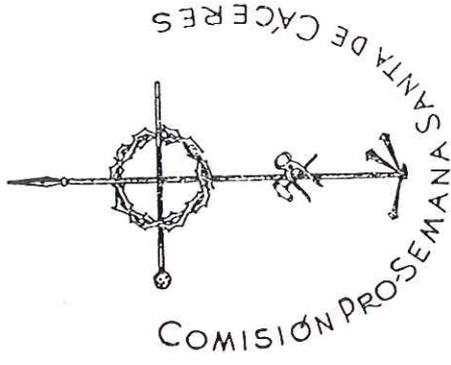
**JUAN PABLOS ABRIL**

**Cáceres, Cuaresma de 1959**

JUAN PABLOS ABRIL

---

**P R E G O N**  
**DE LA**  
**SEMANA SANTA CACERENA**



**Abril 1959**



Excmo. Diputación Provincial  
*Servicios Culturales*  
CACERES

La

## Excma. Diputación Provincial

a través de sus

### Servicios Culturales

edita este volumen como

ofrenda y cooperación a la

### Semana Santa Cacerreña



XCELENTISIMO y Reverendísimo Señor.  
Excelentísimos e Ilustrísimos Señores.  
Señoras y Señores:

Hemos empezado como suelen comenzar estos Pregones de Semana Santa, con su gran liturgia y oratoria académica; pero añadamos un título. que aquí suena mejor y que por ser del alma, nos une a todos: ¡Hermanos de nuevas Cofradías! ¡Cacereños!

Tras estas notas evocadoras y sentimentales de la marcha procesional «Amarguras», que nos remueve a todos las entrañas del sentimiento y nos ha levantado sobre las puntillas de nuestro fervor, cada año se levantó para hablar, un personaje célebre, por su erudición e investigación histórica, como Antonio Floriano Cumbreño o un ilustre hombre público, como Francisco Elviro Meseguer.

Este año, el designio de la Comisión Pro-Semana Santa, encabezada por nuestro Reverendísimo Prelado el Doctor Llopi's Ivorra, me pone ante vosotros y mis primeras palabras han de ser, para procurar, que las amplias dimen-

siones de estimación correspondiente en justicia a mis antecesores —como en trance igual dijo José María del Rey Caballero— se reducen a fin de acomodarse a las modestas condiciones de mi persona.

Nosotros, ante esta solemnidad, ante estas cariñosas palabras que han servido de pórtico e introducción, dictadas más por el afecto y el cariño, que por una realidad feliz. Ante todo esto, ante Vuestra Autoridad, religiosidad tradicional y cultura... tenemos necesariamente que hacer protesta y alarde de nuestra pequeñez y exclamar con el poeta:

«Voto a Dios que me espanta esta grandeza...»

Y mucho más aún, cuando en esta noche celebra el mundo la fiesta de la poesía, con la llegada de este saludo romántico y bello de la primavera.

### **La Cruz del Pregon**

Vuestra decisión, sin más merecimientos por nuestra parte, que el gran fervor y entusiasmo por nuestra Semana Santa, nos ha convertido en el primer penitente de la sacra conmemoración. El Nazareno que sale solo la gran vispera, con la Cruz del Pregon a cuestas, por las calles de la amargura cacereña. Porque aquí, en nuestra ciudad, la hay bautizada, a las sombras del viejo barrio medioeval.

Que el Pregon es una Cruz, ya lo afirmó Ignacio María de Logendio. Una cruz de guía, con la que se abre de par en par la Semana Santa. La pesada cruz de la responsabilidad, con la

que esperamos abrirnos paso entre vosotros, entre vuestros corazones y sentimientos, con nuestro difícil cometido.

La Cruz de Guía, con su sola y exacta geometría —como muy bien describió Ortiz Muñoz— es irrenunciable como el Dogma y única como la verdad. Quiere decir la Cruz de Cáceres, que resume y simboliza la Cruz de Extremadura y por asociación, la Cruz de España. Y si queréis aún, más, la Cruz ecuménica y simbólica de toda la cristiandad.

Cruz a la que nos abrazamos, alegres como Cristo, porque aunque dura y pesada, sabemos cuánto ennoblece y dignifica. Nada mejor que abrazarnos fuertemente con la Cruz, para comprender el gran drama del Calvario, los Misterios de la Redención, el amor del Hijo de Dios, hecho hombre y las delicadezas de la Virgen.

El Pregonero hace, como escribía Gabriel y Galán:

«Siempre me abrazo con el signo eterno,  
cuando al borde me inclino,  
del mar inmenso, del amor divino  
o del torrente del amor materno.»

Tras esta Cruz de nuestro Pregon, con la que la Comisión Pro-Semana Santa ha puesto a prueba nuestro amor a Cáceres, hay un camino que vamos a recorrer, os invito a que me sigáis. Para que esta noche lancemos este grito, esta voz heráldica, este clarín... Que arrojemos juntos este guante del espíritu—en frase feliz de Celestino Fernández Ortiz—a un mundo descreído y vociferante, de pobres filosofías y tris-

tes querellas. A un mundo materialista que no sabe a donde vá.

### **Lo estáis pregonando vosotros**

El Pregón no es solo lo que yo diga, ni lo que pueda decir. El Pregón lo hacéis vosotros, nuestras siete cofradías penitenciales — los Hércules de la Semana Santa—, Cáceres entero. Mi oración ha de ser un diálogo largo para hablar de las mismas cosas, sobre los motivos y sobre las comunes emociones.

La Semana Santa, sabe Cáceres lo que es. No es como la urdida frase, de que la luna no sabe lo que es la luna, ni la flor lo que es la flor, ni el hombre—y este es el fracaso de todas las filosofías y de nuestro mundo actual—no sabe lo que es el hombre.

...Un buen día de primavera, cuando se inicia la lluvia de jazmines y se ventean aromas de rosas, la Iglesia se viste de penitencia, el gran velo morado cubre el templo, la Cruz se esconde tras el paño... Se celebran los fervorosos novenarios, misereres y triduos a los sagrados titulares...

«El amor ha brotado  
porque tenía que llegar».

Entonces, Cáceres entero llega por cariño. Ese amor que se percibe con escozores de arrepentimiento y ternuras de emoción, en el espejo de la lágrima expiatoria y se pone de rodillas ante nuestro Nazareno de Santiago y todo es flor y gracia, esperanza y dolor... Igualmente a los pies de María, en su amargura, cuyo dolor

es sinónimo del nombre y parece estarnos diciendo como la entristecida mujer bíblica del libro de Ruth: «No me llaméis Noemi, llamadme Maro». Si, llamadme amarga, Virgen de la amargura, porque mi dolor es hondo como la profundidad del mar... Esto es el haber llegado nuestra Semana Santa Cacerëña.

¡Mirad!. Si lo estáis pregonando vosotros aquí. Mirad si nó, como os habéis concentrado esta noche, no porque lo necesiteis, como al Pregón de las especies. el carbón o las sandías de Malpartida... sinó porque vuestro fervor y religiosidad esta estallando como un capullo de esta primavera, que se nos está metiendo ya por los sentidos.

José Maria del Rey Caballero, bello cantor de Semanas mayores andaluzas, nos va a decir, que Semana Santa es ante todo Dios a la intemperie. Aire, luz y estrellas, para la devota y fervorosa imagen guardada todo el año en el templo. La Semana Mayor es camino largo y penitencial, no quietud y comodidad. La gran Semana pasionista es amplitud de Catedral, sin fronteras, y no clausura cerrada. Es un rebosar hacia fuera, lo que ya no coge dentro, del corazón penitencial de la primavera, que va a romperse, como la fuente a raudales, para inundar todo, con los rios del fervor cacerëno... Como decía poéticamente Joaquín Caro Romero, se presiente la Semana Santa, porque...

«Hay un beso en la plegaria,  
hay un suspiro en el aire,  
hay un llanto en las esquinas  
y hondo silencio en la tarde».

## Cáceres, escenario sin par

Hace un año, decíamos en nuestro libro «Flores de Pasión», que el Cáceres antiguo, es el mejor marco que soñar pudo ningún artista para colocarle con su gloria del siglo XV y XVI, como escenario y fondo para el desarrollo de nuestros desfiles procesionales.

Sobre la piedra dorada al sol, o sobre el reflejo de luna, cayendo en la noche primaveral, se hacen realidad y esplendor artísticos inigualable, la austeridad, recogimiento y penitencia de nuestras cofradías.

Estas Hermandades, que ya dijimos, tienen un nudo de arranque histórico, en aquella orden de los Fratres cacereños, fundada en 1170, para «vivir con regla» como nos dice Orti Belmonte en su libro y que meses después va a ponerse bajo la española advocación del Apóstol y dar origen a la orden militar de Santiago.

En nuestro barrio antiguo, o Ciudad Monumental, —del que no pueden separarse nuestros sagrados cortejos— hay una armonía entre la emoción y el arte. La dulce conjunción del farol y la piedra, con la tercera dimensión artística que proporciona la luna; hacen contrastes y sombras, que agrandan y desfiguran en sabor inigualable a nuestros Cristos y penitentes. Lo hemos dicho ya poéticamente otra vez con el verso sentido del padre Ramón Cúe:

«Los cirios copian al Cristo,  
pintándolo en las paredes,  
crucificándole en todas

las casas, negro y tremente.

Cristo entre oscilar de llamas  
que lo menguan y lo acrecen.»

Antes de seguir adelante, hagamos un canto a nuestra calle procesional cacereña, larga, empinada y estrecha. A nuestro Adarve, medido de pared a pared, por los brazos abiertos del Cristo de la Buena Muerte. Nuestra «Jerusalén Cacereña», en color de nuestra imaginación, según frase de Elviro Meseguer. Jerusalén exacta, cuando hace estación de penitencia, junto a la vieja palmera, en la madrugada del Viernes Santo, Jesús Nazareno, el Cristo de Cáceres, pisando el suelo de claveles mustios y trasnochados. Entonces... es Dios mismo el que anda por las calles de nuestra ciudad, sobre las piedras del borde de la muralla. Jesús pasando por entre los retazos vivos de la historia cacereña, escritos en cada escudo y casona. El Nazareno, dibujando su imponente figura en los palacios de la Generala o de Ovando y Mogollón, en el Postigo de Santa Ana, y después sobre la mansión del Obispo Galarza, Golfines de Abajo, Fray Nicolás de Ovando, Mayorazgo, el templo gótico catedralicio de Santa María la Mayor, la Casa Quemada, la torre de los Espaderos, el Palacio del Roco... y en los itinerarios que salen de San Mateo hacen pareado de arte y poesía, la Torre de las Cigüeñas, el Palacio de las Veleas. Golfines de Arriba y el sabor medieval de la calle «ancha», que como ya dijimos en otra ocasión sólo tiene ancho los recuerdos.

Esta es la sorpresa pasionaria de Cáceres. Su incomparable escenario, con sabor de viejas veredas. Sus piedras, sus casas maternas de la

hispanidad, sus torres como Nazarenos en la negrura de la noche, sus arcos, sus calles estrechas... ¡Lo que tenemos y lo que otros pueblos nunca podrán lograr!... La añadidura artística —con sol o con luna— que el tiempo va enriqueciendo. Mil veces más evocadora que las frondas del parque sevillano de María Luisa, que los jardines béticos de Murillo, que los tortuosos senderos del Albaicín, que la plaza mayor de Valladolid, que las calles de la «tierra de pan llevar», en los anchos llanos de Castilla.

Por ello, aferrémosnos a nuestras vías dorosas, históricas y tradicionales. A pesar del bronco suelo de sus piedras dislocadas. Pero no saquemos nuestra Semana Santa Cacerense, de su color y sabor, que al cambiarla de vasija, perdería como el vino de Jerez, su gracia, su encanto y poesía.

Yo os condensaría este mi pensamiento, en una metáfora bella de Rodríguez Buzón, en su libro «El Cristo de Sevilla»:

...«Igual que un padre nuestro sostenido,  
en el atril de luz que fui soñando.»

Así está sostenida nuestra Semana Mayor, como un libro abierto, en el atril de la historia y de la tradición, de nuestro barrio antiguo. Somos —y no lo olvidemos—, como decía el pasado año en Sevilla, Antonio Romero Cardona, testamentarios de la fe acendrada de nuestros mayores y también herederos de nuestras viejas tradiciones. Testamentarios que hemos de hacer cumplir nuestra verdad histórica y nuestro destino trascendente, sin el cual no mereceríamos el nombre de pueblo.

El suelo es duro y el paso difícil... las espigas—como dice Campuzano—hacen más meritoria la posesión de la flor.

### **Artífices de lo divino**

Esos hilos de oro, decíamos en nuestro libro. Esos Hércules de la Semana Santa. Esos Quijotes a lo divino, como dicen los andaluces... son estas siete Cofradías penitenciales de Cáceres.

Yo quisiera en esta noche, tener mi mejor oración para cada una de vosotras. Traer la mejor flor, para ponerla a los pies de la Imagen, que es centro y guía de vuestros fervores... Y voy a intentarlo.

Hermanidad Real y Pontificia de nuestro Padre Jesús Nazareno, el Cristo de Cáceres, de la Iglesia cuna de la Orden Militar de Santiago. Con vuestro color morado de penitencia y sujeta vuestra cintura, con el cilicio del esparto, yo os pregonó, con mi voz y mi fuerza. ¡Leváiis tres siglos y medio paseando a Jesús por nuestras calles!.. Me acerco, temblando el alma, a poner a las plantas de vuestro Nazareno, esta flor de Agustín Capitán Álvarez, con mi fervorosa oración:

«No sé que tiene, Señor,  
tu emocionante escultura  
que es, sublime, en la hermosura  
mística de tu dolor».

Ilustre y Real Cofradía de la Santa y Vera Cruz, de nuestro templo de San Mateo. Escapu-

lario triste como un lirio sobre el hábito blanco. Cruz Roja en vuestro pecho. Nazarenos de la Dolorosa de la Cruz, réplica fiel de la de Gregorio Fernández, de Castilla...

La Cofradía del Barrio antiguo... aquella que regresa sola la noche del Jueves Santo a su palomar ¡Sola nó! Como dice el poeta... la van acompañando, la luna clara, el lucero, una saeta gitana y un repique de campana, sin que toque el campanero.

Yo pongo el borde de su zapato, mi beso y oración, arrancada al salterio de gracia de Rodríguez de Buzón:

«¡Ay! quien pudiera rimar  
con tu tristeza y consuelo  
y así tejerte un pañuelo  
de brisa, de rosa y mar».

Real Cofradía y antigua, de nuestra Señora de la Soledad, y Santo Sepulcro, radicante en nuestro Templo catedralicio. La Cofradía de la tarde del Viernes Santo. Aquella que desfila con Cristo muerto...

«Cuando ya sueñan durmiendo;  
el color, sobre la bruma;  
sobre la rama, el jilguero;  
sobre la fuente, la rosa;  
sobre la esquina, el silencio,  
sobre el aire, la campana;  
sobre el muro, tu reflejo  
y sobre los corazones,  
tu amor divino y sediento».

Dejadme Nazarenos, negros como la noche y el luto, que ponga unas azucenas blancas, en las jarras de plata de la Virgen de la Soledad, con la oración y el fervor de González Jiménez:

«Ha pasado una Virgen con un manto...  
Un Cristo viene muerto entre violetas.  
Nazarenos, mantillas, siluetas  
de torres sin campanas; Viernes Santo.»

Fervorosa Hermandad de Nazarenos de la Virgen de la Esperanza y del Cristo de la Buena Muerte, de mi parroquia querida de San Juan. Aquella Cofradía que nos recuerda con Ignacio Montañó. que el Calvario es un Belén de vuelta... Todavía trae amores que se inclinan, bajo el arco triunfal de la palma verde.

En todas partes la Esperanza, es un río de entusiasmos... ¡Sevilla!... ¡Málaga! Y sino recordad la saeta anónima que cantan los malagueños y que como una flor, pongo en vuestro camarín de Reina y Señora:

«La noche parece día  
a gloria repica el alma,  
cuando sale de su templo  
la Virgen de la Esperanza».

Humilde y entusiasta Cofradía de Nazarenos del Espíritu Santo. ¡Grande es ya vuestro gozo al desfilarse solos! Con vuestros hijos, esos niños de la Pasión, que son los que más cerca están de Jesús.

Traéis la brisa suave y reconfortante de nuestros cristianos suburbios, con obreros, tras el antifaz de vuestras tónicas moradas.

En ese sagrado cortejo, alrededor del Cristo del Humilladero y la Virgen del Buen Fin, parece estarse escuchando entre las pisadas, la poesía bella y sentida de Ramón Charlo:

«El Lirio muerto está sobre la rosa...  
La primavera a Ellos se encadena  
y sintiendo la vía dolorosa  
se hace penitente y nazarena».

Hermanos del Santísimo Cristo de las Batallas, de la Iglesia Parroquial de Santa María, con vuestras tónicas negras y vuestros aires marciales. ¡Estrellas de nuestro Ejército! ¡Rimando con los luceros del lunes santo cacereno.

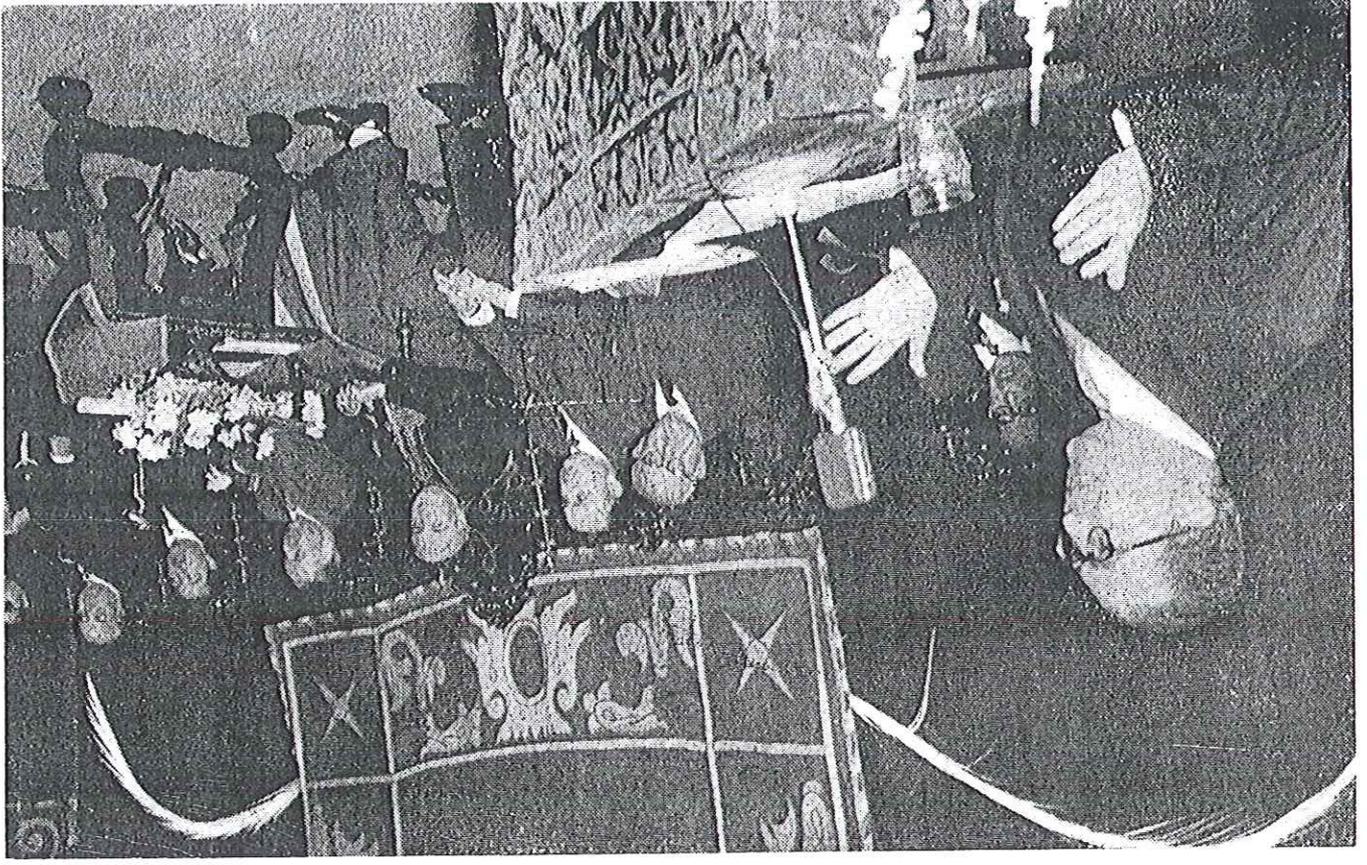
Vuestro Nazareno de Mosen Rubi, nos va tendiendo ese abrazo estrecho y fuerte, con su pasión, lacerada, que nos habla y canta en sus versos nuestro Ramón Sánchez Cayetano:

Traigo a mi voz, esa saeta popular y como todas anónima, para ponerla como una flor más entre los claveles de vuestro «Paso» o como un cirio encendido tras los guardabrisas, a los pies de vuestro Cristo caído:

«Hacia el calvario camina  
con sudor ensangrentado  
suave luna ilumina  
el color amoratado  
de su triste faz divina».

Nueva y fervorosa Cofradía del Via Crucis y Santísimo Cristo del Calvario, de nuestra Iglesia Franciscana de Santo Domingo. ¡Bien venidos a esta semana Santa Cacerena!





**DR. D. JUAN PABLOS ABRIL**  
*Director de la «Cátedra Pío XII» de  
Hombres de A. C.; Teniente de Alcalde  
del Excmo. Ayuntamiento y Vice-Presi-  
dente de la Comisión Pro-Semana Santa  
Cacereña, que proclamó el Pregón de la  
misma, en Abril de 1959*

No os importe ser la Cofradía benjamina de la Ciudad. Acordaos de la frase bella de San Agustín «Dios es más joven que todo...» Y detrás de vosotros vendrán más. Hacen falta cofradías penitenciales en Cáceres, para elevar el rango de la ciudad y aumentar las Estaciones de penitencia en honor y exaltación de la Pasión de Nuestro Señor y los dolores de su Santísima Madre.

Cuando este año, salga por vez primera a la calle, vuestro Cristo, que mire esos balcones de la Condesa de los Corbos, vuestra generosa donante y en los que hay crespones negros recién prendidos, por una grande y profunda herida... ¡Señor! Que Vuestros ojos pongan en ellos, con Vuestro dolor, el bálsamo de la resignación cristiana.

Traéis la pobreza franciscana, pero también el gran amor seráfico... Ese, del que dijo el poeta:

«Que amor que no tiene al fin  
otro fin en que parar,  
es el más perfecto amar,  
que al fin, es amar sin fin».

#### PREGON DE LA SEMANA SANTA DE 1959, EN CACERES

El Dr. D. Juan P. Abril, durante la  
proclamación del Pregón de Semana  
Santa de Cáceres, en Abril de 1959

La presidencia del brillante acto, en el  
«Gran Teatro», integrada por las primeras  
autoridades eclesiásticas, civiles y  
militares de Cáceres

#### El poema de las tres virtudes

Dice con profunda razón Ignacio María de Logendio, que la Semana Santa externamente es, la alegría del pueblo cristiano, con el triunfo de la cruz, símbolo de la Religión y de la Liturgia.

Pero además—como él nos dice—es el poema social e íntimo, más vibrante de las tres

virtudes, que son cimientos de la vida cristiana. Es el poema florido de la Fé, la Esperanza y la Caridad. Arranea con su fervor y penitencia a la duda, que pone en trance de peligro a la Fé. Disipa la angustia, que corroe como un cáncer moderno a la Esperanza. Mata el egoísmo, que como un zarzo de espina ahoga al Amor y a la Caridad. Los tres grandes pecados de nuestro siglo, que han colocado al mundo moderno en esta calamitosa vivencia. Las Cofradías y Hermandades penitenciales son camino y senda por donde el hombre se acerca a Dios, a través del resurgimiento de estas virtudes cristianas.

### **La Fé no es un legado emocional**

Así lo creían muchos, tratando de romper esa maravillosa transmisión de generación en generación. La Fé se la explica todo católico —como decía Antonio Pérez Torres en su pregon, con la sencillez que tiene el creer en la verdad. Pero la forma de manifestarla, solo puede traducirse en actos, como estos de Semana Santa, que exigen gran sacrificio y penitencia.

Dice el Obispo Auxiliar de New York, monseñor Fulton, que la Fé, en rigor, es la aceptación de la verdad, de la autoridad de Dios Revelado.

El Nazareno, el penitente cacereño, une al dolor físico de la incomodidad y de la penitencia, el dolor moral de la culpa y el arrepentimiento. De este instante penitencial, puesto al máximo de tensión, en las horas conmemorativas del «Drama del Gólgota», nace la Fé. La grande e intensa mirada hacia Dios, como la Caridad es la gran corazonada del amor.

Se ha dicho que la cuarta palabra de Jesucristo en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (San Mateo 27-46) pudiera considerarse la del simbolismo de la Fé, en su lucha con la duda, por tomar Cristo sobre sí, el pecado de la Humanidad entera y realizar la Redención. Ese abandono de Dios... El abandono y disolución de sus discípulos... El abandono del hombre a través de los siglos... Todos a excepción del de Cristo, fueron por falta de Fé.

Pero hay que tener ojos para ver... Nos lo recuerda colorísticamente una bella anécdota pasionista, contada por Logendio... Había un curioso espectador que presenciaba un desfile procesional en Sevilla, y no hacía más que poner defectos a una Dolorosa y su paso de palio. Tantos ponía, que ya un andaluz se volvió a los que le rodeaban, diciéndoles con esa gracia soberana de la ciudad del Betis...: «¡Pobrecillo! Algo malo que debe tener en los ojos y no le dejan ver».

La Fé caló honda en el corazón de nuestros imagineros. No fué en ellos, la técnica preciosa, para sacar de sus gubias la perfección de un Moisés, de Miguel Angel. Fué la inspiración para hacer que la madera cause devoción y respeto imponente. Sacar de sus manos un Cristo de Pasión, como el de Martínez Montañés: una Dolorosa como la de Salcillo; un Cristo del Amor como el de Juan de Mesa; otra Dolorosa como la de Gregorio Fernández; una Macarena como la de la Roldana; un Nazareno como el de Cáceres por la gubia de Tomás de la Huerfana... Este Cristo ni Sevillano realista, ni castellano; Cristo de Cáceres, porque parece el reflejo de un Dios encarnado en un hombre de nues-

tra tierra, el que nos hace caer de rodillas y decir con todo nuestro ser: «Creo en Dios».

Así la gubia del artista, se tiñe con la sangre amorosa de la fe, al tocar el costado sangrante de Jesucristo o los ojos hermosos de la Señora, cuajan al contacto de ella, una lágrima inenju- gable y bella. La gubia con su inspiración divi- na, ha hecho el maravilloso prodigio de dar luz a los ojos del ciego de Jericó, para que todos clamemos: ¡Señor, yo creo! ¡Aumentame mi fe que es débil!

### **Mi carne descansa en la Esperanza**

Así reza una de las antifonas de maitines. Descanso en la Esperanza como consecuencia de la Fe. La Pasión del Señor produjo en los primeros cristianos un verdadero desastre físico y moral. Hoy y hace veinte siglos ya, es el me- jor himno a esta gran Esperanza, simbolizada precisamente en nuestra Virgen cacerña, la más popular. El olivo de la paz, cómo simboli- za con el color de su manto, inclinado y arras- trado hasta el lodo de la calle, en la redada anual de corazones.

La virtud de la Esperanza, no es la emoción de la Esperanza. El padre Fultón, nos la descri- be con precisión: «Es una gran confianza en conseguir la felicidad eterna, apelando a todos los medios posibles y necesarios para lograrla».

La Esperanza, empieza por el temor... Así fué en la Cruz con el buen ladrón, que es el eterno simbolo de la confianza. Después del te- mor la petición esperanzada: «Acuérdate cuan- do llegues a tu Reino» (Lucas 23-42). La espe- ranza del buen ladrón acertó en la diana de la

verdad. Afortunado conquistador de la gloria, le llama bellamente Quevedo (Política de Dios, Capitulo 2.º), porque acertó a presentir con la fe y a tener confianza en aquel Rey disfrazado de malhechor.

Cristo, el Crucificado de nuestras cofradías, está con los brazos abiertos para el perdón y cerrados a la desesperación y angustia. En la Pasión del Señor, afloran los grandes perdonados: Pedro, María Magdaleua, Dimas, sus pro- pios verdugos.

Necesitamos calmar las penas, mitigar las preocupaciones, satisfacer las necesidades en esta grave hora del mundo. Somos pordioseros cada día de la fortuna. Tenemos que esperar, pidiendo. ¡Pero sin exigencias! Con entrega ab- soluta, como la oración anónima atribuida a San Francisco Javier:

«No me tienes que dar porque te quiera  
pues aunque lo que espero no esperara,  
lo mismo que te quiero, te quisiera.»

La divina invitación no se ha anulado jamás. Lleva cerca de veinte siglos sin caducar: «Venid a Mi todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviaré». Esta invitación nos dice el Obispo Auxiliar de New York, no es sólo para los cansados, sino que comprende también a to- dos los pecadores.

¿Cómo he de hablar de Esperanza, sin mirar tus ojos, Dolorosa de mi Parroquia? Bien sé que ries y lloras a un tiempo. No se sabe cual es la mayor fuerza, si las lágrimas por la muerte de Cristo o la alegría por la Redención de todos tus hijos. ¡Bendita esperanza la que vas sem-

brando, el Miércoles Santo Cacereno, desde tu trono de Reina!

Y lo mismo tú Cristo de la Buena Muerte, el recién acabado de morir en la noche cálida y pasionista. Ya lo dijo el poeta:

«¡Si están para esperar tus pies clavados...!»

¡Para esperar a Cáceres entero...!

¡Tres siglos en la dulce espera...!»

### **Amor y Caridad en gotas de sangre**

También la tercera virtud o perfección de todas, complemento y necesidad de la justicia —en frase de Aristóteles— brotó del árbol de la Cruz y florece cada primavera en nuestras Hermandades de Pasión.

Decía San Agustín: «Amad a Dios y haced cuanto queráis». Porque amando a Dios amarás a tu prójimo. Se dice con razón que la séptima palabra de Cristo en la Cruz: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu» es la palabra simbólica del amor. La dulce metáfora del gran cariño divino y la flor del gran cristianismo en esencia. Es la del amor, que torna con justicia, al Amor que es el Padre. Por eso la muerte de Jesús, el punto final de su vida, fué un éxtasis de amor. Y amor es la Caridad en nuestras cofradías, dando pan, para el alma y el cuerpo. La vida cristiana —como decía Lorenos—, es dar de todo y para todo. Los Nazarenos han de ser golondrinas, que arranquen de la divina frente las espinas de la ingratitud, haciéndonos aprender a tu lado:

«este divino saber:

En cada desgracia ver  
un Cristo crucificado.»

El amor ha de ser grandioso y cristiano. Ese amor que el mundo no sabe ahora reconstruir. Estar sangrando —como dijo un día por los micrófonos de radio, Manuel Barrios— con la misma generosidad que las estrellas sangran plata por las esquinas; estar con los brazos abiertos, para recoger todos los latidos, todos los suspiros, todas las necesidades, todas las inquietudes, de este Cáceres bendito y arrodillado ante la Cruz del Calvario. Este Cáceres, que sabe llorar calladamente y con dulzura y sabe cantar con penas y tristezas, estas eternas verdades de la Redención. Cáceres, —interpreta fielmente la frase de Campuzano Zamalloa— al decir, que el dolor de la concha, hace producir en su seno la maravilla del nácar de la perla.

### **Una oración y una flor**

Así calificamos a la saeta. A esa especialísima manera de rezar de nuestro pueblo español. A la «Passio Domini Nostri Yesuchristi secundum populum» como con gracia y donosura la describiera el famoso canónigo sevillano Muñoz y Pavón o el solo lírico del pueblo español—ofrenda por todos—a la Pasión del Señor, como decía Ortiz Muñoz.

En la saeta, reza el alma, tiembla el corazón y hasta habla la mano. Dejemos decirlo, con la gran belleza, con que lo canta el verso de Juan García Izquierdo:

«La mano también canta en la saeta:

Cuando la voz se eleva hasta la cumbre

y acaricia a la Virgen como lumbre  
en el misterio de la noche quieta...

Cuando en la perfumada plazoleta  
la copla vibra en musical deslumbre,  
e invade el alma de la muchedumbre,  
que el arte y la ilusión tiene sujeta...

El cantor siente un nudo en la garganta  
y no puede seguir, porque la pena,  
ha segado las notas con su hoz...

Entonces es cuando la mano canta  
y de nuevo las notas encadena...  
¡la mano, Cirineo de la voz!

### **Los Santos varones y piadosas mujeres en Cáceres**

Al pie de la Cruz, hubo hombres y mujeres.  
Cerca, muy cerca. Como ahora los sigue ha-  
biendo... Dejádme, que mi Pregón los recuer-  
de con fervor, en este panel de soles de la pri-  
mavera y en este breviario de letanía dolorosa.

Muy cerca estaban y están nuestros Mayor-  
domos. ¡Qué bien hacéis por la Semana Santa!..  
Todos me estáis escuchando esta noche y vos-  
otros mismos—como decía Antonio Pérez To-  
rres—no sabéis, con vuestra bondad y sacrifi-  
cio lo que sois. Seguid así de fervorosos y  
entusiastas, Mayordomos cacerños, de Jesús  
Nazareno, Vera Cruz, Soledad, Virgen de la Es-  
peranza, Cristo del Humilladero, Señor de las  
Batallas y Santo Via Crucis. También cerca es-

tán nuestros capataces o Hermanos Mayores y  
nuestros ejemplares e insustituibles Hermanos  
de carga, que son pies y sendero, por donde  
anda Cristo y María. Os recuerdo, aquel verso  
ajeno, que otra vez pronunció en vuestro ho-  
nor:

«¡Capatazi!  
Que no rocen a Jesús  
ni el hálito del candor,  
ni el pétalo de la brisa,  
¡Que va muerto por amor!

Igualmente nuestros niños nazarenos. La  
tierna rama que pronto será árbol corpulento.  
El noviciado solemne para esos hermanos de  
escolta y de luz, que tanto realce y dignidad  
proporcionan a nuestras Cofradías penitencia-  
les. Así como los de carga soís «viril» de Dios  
y alfombra de carne para que no se lastiman  
sus pies en el sendero... vosotros los de luz,  
sois el llanto callado y anónimo de la Pasión.  
Lo dice en honor vuestro, Barrios Masero, con  
gritos de poesía, cálida y honda:

«¡Se escuchan en el silencio  
de la triste madrugada,  
cánticos penitenciales,  
rumor de recias pisadas,  
chisporrotear de cirios  
que, en luces ténues y pálidas  
lloran también en la noche,  
lágrimas de cera blanca!»

Y también vosotras: ¡Mujeres de Cáceres!

José María Pemán en sus «Mujeres de la Pasión» nos dejó bien sentado los tres bandos femeninos que hubo en el Gólgota. Las que no fueron al Calvario y se mofaron, como las criadas de Caifás. Las que fueron ahogadas de angustia y muertas de dolor, como las santas mujeres del evangelio y finalmente, entre los dos bandos «turba mulierum» que camino del Calvario se quedaron, lloraron y no se acercaron (Lucas 13-27).

Vosotras sois como las santas mujeres, cooperadoras a los frutos de su Pasión. Colocáis las flores de sus pasos, las joyas de la Virgen y Madre, adornáis los Sagrarios de nuestra ciudad. Sois madres, esposas, hermanas o novias de los nazarenos de Cristo. Vuestras manos tal vez cosieron, puntada a puntada, nuestra túnica, nos enseñásteis con paciencia benedictina a trazar sobre nuestra frente, labios y pechos, la señal de la Cruz... Y tal vez las que colocáis el Crucifijo en vuestras manos muertas, para la última Estación de penitencia que termina en la puerta de la capilla de nuestro cementerio, donde a sus espaldas hay una Virgen de mármol blanco y unos rosales, que cada primavera florecen rosas de oración, en última ofrenda, de los que son ya un símbolo, de hueso y polvo, en la paz del Señor.

Vosotras sois finalmente la sal y gracia de nuestro Jueves Santo español y cacereno. En vuestro honor os recordaré la sentida estrofa de Julio Trenchas, que podrá decirlo mejor que mis palabras:

«Mantillas viudas de aromas  
rejas abiertas al cielo,

mantillas de blondas suaves,  
mecidas al terciopelo  
de la tarde estremecida  
del Jueves Santo en silencio.»

También estuvieron y están cerca de la Cruz los traidores, aunque se nos antoja pensar, que en Cáceres abundan poco. Todos los años pasea por la ciudad la traición de Judas en ese «paso» de la Vera Cruz, con el que nuestros mayores aleccionan, en el alma del hijo o nieto, la nefasta entrega, señalando la bolsa del apóstol y añadiendo: ¡Lo vendió por dinero!... ¡La traición fué por XXX monedas!... ¡Y eso que era su mejor amigo!

Por último los pecadores. Tan cerca de Ella, porque son los que más la necesitan. Su Viacrucis es de silencio, como el de María Magdalena. Su pasión chisporrotea también oculta como el fuego de la vispera, bajo la gavilla de sus cabellos y la corona de espinas de su corazón. No aparecen como ella hasta tarde. María Magdalena, sale al Evangelio de la Pasión, en el «Stabat mater» sobrio y conciso, al pie del moribundo. Silencio impresionante de la gran pecadora, que mereció que Santa Teresa de Jesús, en la séptima morada, dijese que fué más doloroso que un martirio.

Ese dulce efluvio del perdón, navega esos días sacros por la ciudad, como una celeste insinuación movida por alas de ángeles. No es extraño pues, que Díaz Hierro sintiera envidia de la brisa que besa la frente del pecador en el día ya Eucarístico y penitente del Viernes Santo. Para que Dios perdone — como decía Moris — hasta lo que los hombres hubieron de condenar.

## Nuestra Semana Santa es Cacerëña

Antes de concluir, voy a salir al paso, de si nuestra Semana Mayor es de tal o cual influencia. Sólo hay una verdad, y es que es cacerëña. pese a todos los pesares.

Cáceres, a medio camino entre Castilla y Andalucía, es natural que note la influencia de las dos regiones antitéticas de la gran Semana Santa española. Levante, ceremonioso y decorativo le coge lejos y lo mismo Cataluña.

De la austeridad y recogimiento de Castilla —vieja saya parda y dolor transido— hay mucho en Cáceres. ¡Ahi está la Vera Cruz con su sencillez y ejemplar desfile! Del barroco andaluz, con «pasos» adornados con brazadas de flores y palios bordados, con mantos ricos y cascadas de cirios, que simbolizan el arte y la riqueza al servicio de la fe o la pleitesia de lo natural a lo sobrenatural, también hay en nuestra ciudad... Esas flores de oro de las que Juan García Izquierdo decía:

«... y en cada flor una oración bordada  
con el fervor de nuestros corazones.»

De esta Semana Mayor andaluza, repito, también hay influencia en Cáceres. ¡Ahi está la Cofradía de los Ramos, Cristo de la Buena Muerte y Virgen de la Esperanza! Aquélla, que bien reflexivamente acude cada año a derramar sus mejores flores sobre el hijo de Dios, como hace siglos, volcó sobre sus pies la mujer del Evangelio sus más costosos perfumes.

Pero en el justo equilibrio de ambas regiones. Como un barco que no pierde el rumbo y

como un ejemplo permanente de lo que es nuestra vieja Semana Santa, la Cofradía de Santiago, con su historia de siglos y su fervor cantado y purificado de tanto andar. Por eso nuestra Semana Santa, como nuestro Jesús Nazareno, son cacerëños y nada más. Por esta conservación auténticamente cacerëña, hemos de luchar todos. En la Semana Mayor, cada uno tenemos nuestro puesto de honor y nuestra responsabilidad.

Hemos de ir—esto lo sabe bien esta Comisión Pro-Semana Santa, a la que ha correspondido el honor y la gloria de crear, con lo difícil, que és, en frase de Oscar Wilde—a buscar el alma del pueblo. Y para que estos sean grandes como afirmó en memorable ocasión Celes­tino Fernández Ortiz, se necesita tanto de los vivos como de los muertos. Tanto del caliente tallo de la sangre que corre y vivifica, como de la terrible y fria verdad de los huesos, de nuestros muertos, que están entre la tierra y estos dias penitenciales se estremecen de gozo y hacen nacer rosas y flores, entre los cipreses y mármoles de nuestro Campo Santo.

Tenemos finalmente el difícil empeño de que nuestra Semana Santa sea para Dios enteramente. El mundo conoció y palideció de espanto, ante la terrible arma del impio Sartre... «Hacer todo como si hubiera Dios, pero sin Dios». Cristianismo, en una palabra sin Cristo. Nuestra Semana Mayor es la más imponente respuesta—en toda España—a esta brutal y sarcástica ironía.

## La Oración del Pregonero

Y voy a concluir. Ha declinado mi pregón y como el nazareno que llevaba la Cruz de guía, voy a dejarla otra vez en su sitio, que el año que viene, otras manos la cogerán, para seguir estas páginas de contrastes, estas visiones de matices. Hablar de Cáceres y su Semana Mayor con el entusiasmo, que es como late el alma.

Pero no he de terminar, sin que el Pregonero dirija dos últimas miradas. Una, para nuestro Padre Jesús Nazareno, en su salida penitencial a Cáceres. Cuando se descuelgan secas, en la noche de miel y de hiel—dulzura de Redención y Amargura de dolor, las cinco campanadas de Santiago v empieza a salir ese imponente río de nazarenos. ¡Con ellos Jesús!.. Hay un silencio que anuda la garganta. Toda la plazuela se ha puesto de rodillas,.. Entonces parece que el Nazareno separa suavemente su mano derecha de la Cruz y otra Cruz en el aire traza su mano, para bendecir a todo Cáceres. Yo no sé si este respeto imponente es porque los cacereños quieren o porque se han quedado sin poder hablar, mudos de fervor.

La otra, cuando entras de vuelta a tu iglesia, Madre mía de la Esperanza. Es en esa noche de tu triuntal desfile del Miércoles Santo Cacereño, cuando has ido de calle en calle, de ventana en ventana, de balcón en balcón, llevándote el corazón de todos tus hijos prendidos en las flores de tu manto. Se han ido ya todos y quedas Tú sola en mi parroquia de San Juan, con el resplandor de tu «paso». Ese resplandor que es lo último que nos queda a cada Nazareno,

después de la Semana Santa. El resplandor de la gracia, purificado por la penitencia.

Y antes que llegue el silencio a mi garganta, una oración de este Pregonero, la más modesta, porque es mía, enteramente mía, en esa soledad crucial de nuestra Semana Mayor:

¡Madre de la Esperanza!

¡Bella perla de San Juan!

Prendidos mis ojos están  
en tu dulce alianza.

Porque siendo del dolor,  
consuelo y espera,  
como lágrimas de cera  
va quemándose, mi amor.

Tu anillo, para unir  
el pañuelo para secar.

Ambas manos para besar  
en este inquieto vivir.

Llanto y risa a una,  
en tu cara se refleja.

Tras el dolor nunca ceja  
Resurrección alguna.

¡Cacereños!... yo os anuncio con mi Pregón,  
que la Semana Santa va a llegar mañana.

¡Cacereños!... a sentir en nuestras carnes la  
Pasión de Cristo y a saber consolar los dolores  
de su Santísima Madre... ¡Este es mi punto final!  
¡Este es el grito de mi Pregón!... Que ese resplandor que inundará estos días nuestra alma,

con la estrella de la gracia, sea una flor más de esta primavera penitencial de Cáceres, prendida en la Cruz, como decía nuestro Sánchez Mazas:

«Y así, con la mirada en Vos prendida,  
y así, con la palabra prisionera  
como la carne a Vuestra Cruz asida  
quédeseme, Señor, el alma entera,  
y así, clavada en vuestra Cruz mi vida  
Señor, así, cuando queráis me muera.»

HE DICHO.

21-III-1959

*PREGONEROS DE LA SEMANA SANTA DE CÁCERES  
(1957-2013)*

*1ª ETAPA: COMISIÓN PRO SEMANA SANTA (1957-1978)*

<i>Nº</i>	<i>AÑO</i>	<i>PREGONERO</i>
1	1957	Antonio C. Floriano Cumbreño
2	1958	Francisco Elviro Meseguer
3	1959	Juan Pablos Abril
4	1960	Valentín Gutiérrez Durán
5	1961	Francisco Montero Galvache
6	1962	Rvdo. Ramón Cue Romano
7	1963	Antonio Rodríguez Buzón
8	1964	Federico Muelas Santa Cecilia
9	1965	Antonio Ruedas Sánchez-Malo
10	1966	Carlos Calatayud Gil
11	1967	Rafael Duyós Giergeta
12	1968	José Luis de Azcárraga y Bustamante
13	1969	Julio Cienfuegos Linares
14	1970	Rvdo. José María Cabodevilla
15	1971	Rvdo. Nicolás Sánchez Prieto
16	1972	Antonio Lucas Verdú
17	1973	Gregorio Marañón Moya
18	1974	Carlos María Entrena Klett
19	1975	Ignacio Montaña Jiménez
20	1976	José M <sup>a</sup> Crespo Márquez
21	1977	Carlos Murillo Bernáldez
22	1978	Mariano Mariño Fernández